

trico, la cárcel y, tras apenas alcanzada la felicidad personal, a una muerte absurda, sin causa ni objeto, por disparos anónimos sin otro motivo que la general violencia del mundo. El pesimismo de Pinedo ya se nos había anunciado en el mencionado prólogo, en que citando al profesor Orozco Díaz, se dice que este autor "patea sobre el asfalto sucio de las calles, sobre el estiércol que lleva dentro el

hombre, algunos hombres: los caínes, los lobos..." Sin duda por ello ha merecido esta obra unirse en un único libro a las de López Mozo y Salvador Enríquez, a las que hace digna compañía.

Un libro, en fin, este de La Avispa, que no tendrán más remedio que leer quienes no lo hayan leído. El teatro también se lee. Y, si además se le monta, miel sobre hojuelas. ■

Antología de teatro para gente con prisas

Varios autores

Pedro Manuel Villora

**Antología de teatro
para gente con prisas**

De
Varios autores

Edición:
Antonio Morales y Marín
Dauro, Granada, 2001.

Doce textos breves de otros tantos autores españoles se reúnen en esta antología. Aparecen por orden alfabético, y su relación es la siguiente: Josep M. Benet i Jornet *El bosquecillo de hayas*, Fermín Cabal *El cisne*, Manuel Gómez García *Evocación de Clara*, Jerónimo López Mozo *La boda de medianoche*, Fernando Martín Iniesta *Doble crimen en casa de los Pérez*, Antonio Martínez Ballesteros *Siglo XIX*, Adelardo Méndez Moya *La flor de las delicias*, José Moreno Arenas *La hipoteca*, Yolanda Pallín *Siete años*, Itziar Pascual *No men land*, José M.^a Rodríguez Méndez *Real Academia* y Jordi Teixidor *La quimera*.

De *El bosquecillo de hayas* (subtitulado *Apunte sobre la belleza del tiempo-2*), de Benet i Jornet, se nos dice que es "versión al castellano" realizada por Adelardo Méndez Moya de *La fageda: apunte sobre la belleza del temps-2*, y que el texto original se publicó en 1979 en un volumen de Edicions 62. Del resto de títulos no se da una información similar: no se indica si ya habían sido publicados (ni dónde), o si permanecían inéditos hasta la fecha. De algunos se incluye al final del texto la fecha de redacción (1977 en el caso de *El bosquecillo de hayas* y 2000 en el de *La hipoteca*), y en otras dos ocasiones esta información se aporta en el prólogo: *El cisne* (*guiñol para muñecos de guante*) es de 1978, y *Siglo XIX* de 1998.

El capítulo estrictamente informativo concluye con unas breves reseñas biográ-

ficas (de cuatro a ocho líneas de extensión) acerca de cada autor. Los años de nacimiento de los autores, por orden cronológico, son: 1925, 1929, 1933, 1939, 1940, 1942, 1948, 1950, 1954, 1965 (dos autores en esta fecha) y 1967. Por tanto, hay una diferencia de edad de cuarenta y dos años entre el autor más viejo y el más joven. Y, por otra parte, los cuatro casos en los que se notifica la fecha de escritura de los textos hablan de una diferencia de veintitrés años, aunque podrían ser más.

Ante este panorama, el prologuista y editor Antonio Morales y Marín (que firma su prólogo como "Catedrático de Dirección Escénica") escribe: "Los doce autores recogidos en esta antología tienen una procedencia distinta: de edad, teatral, de lugar de nacimiento, etc. Unos son escritores de gabinete, otros han pateado la geografía nacional con las mitificadas DKW de los independientes. Sería superficial intentar una clasificación por tendencias, estilos o fuentes de inspiración, sería ese insoponible bla bla bla que encabeza tantas veces las ediciones de textos teatrales. Se ha optado por el orden alfabético para su aparición en el libro, y la lectura de los textos sólo va a ir acompañada por las consideraciones que su lectura me produjo".

¿Cuál es el sentido de un libro que el propio editor reconoce como heterogéneo? El más lógico parece ser el de la calidad: publicar doce buenos textos no



necesita de más excusas; y si además se trata de doce buenos textos bien diferenciados, el acierto es mayor, porque hablaría de una escritura dramática española rica y plural. Por otra parte, el autor seleccionado para una antología así posiblemente se sentirá satisfecho: primero por su publicación, y segundo por la convivencia con un vecindario de lujo. Para la antología debe ser un honor la inclusión de los autores, y para los antologados debe ser un honor el haber recibido semejante atención.

Ahora bien, ¿qué pensar de una antología donde los autores no son tratados por igual ya que el editor y prologuista señala con claridad sus preferencias? Y, lo que es más grave, ¿qué pensar de un prólogo que unas veces es informativo y otras valorativo, descompensado, y en el que el prologuista discrimina entre quienes son sus amigos y quienes no lo son, llegando al extremo de ofender a algún antologado, y hasta de exponer pendencias personales sin resolver con alguno de ellos? ¿Es un prólogo el mejor lugar para airear cuentas pendientes? ¿Con qué sensación puede quedarse el autor que da su autorización para ser publicado y luego se encuentra con que se le difama en la misma publicación en la que pretendidamente se le iba a honrar?

Antonio Morales y Marín ha escrito un prólogo desastroso; un absoluto, absurdo e “insoponible bla bla bla” en el que, tras cuatro tópicos insustanciales sobre las formas breves en la historia de la expresión artística (“Muchas cosas cambiaron en la escritura dramática con la irrupción de Samuel Beckett en la escena. Ventanas abiertas a un aire nuevo, riadas de agua fresca que barrían convencionalismos trasnochados que iban sepultando la esencia del teatro desde la ominosa aparición del realismo escénico.”), se dedica a desplegar el abanico de sus afectos y rencillas. De los primeros no hay nada que decir, pero de los segundos... Concretamente, en el caso de López Mozo hace referencia a un “ir y venir por las formas ajenas”, y a que, extendiendo el comentario a los autores de su generación, el estudio de Wellwarth dio “legitimidad a montones de folios sin sentido”. Todo esto, si Morales y Marín lo cree así, debería plantearse en un artículo, acaso un ensayo, pero está fuera de lugar en este prólogo. Aunque lo peor es lo

siguiente: “Una vez le envié al autor (se refiere a López Mozo) unos folios sobre mi experiencia en un matadero. Advertía que tenía que cambiar nombres y apodos, no lo hizo y me metió en un lío. Eso se llamó *Historia de un matadero* y luego *Como reses*. Nunca me dijo nada. No nos conocemos.” ¿Qué significa esto? ¿Se trata, como parece, de una acusación de plagio? Si es así, Morales y Marín debería saber que existen los tribunales ordinarios para solucionar estas cosas. De lo contrario, sería él el que estaría incurriendo en calumnia. E insisto, un prólogo de una antología no es el mejor método de actuar.

Algo después, al comentar *Siete años*, de Yolanda Pallín, habla de la posible generación Bradomín y afirma: “Los que procedían de talleres y cursos de escritura siguen atados a un esquematismo formal estéril, sin ni siquiera haber abandonado la influencia del maestro”. Esto del maestro parece preocuparle, porque, al hablar de Itziar Pascual y criticar la excesiva consideración de ciertas autoras antes por su sexo que por su calidad, Morales y Marín escribe: “Cuando he leído sus comentarios en prensa me han parecido pretenciosos y desorientados (¡claro, cada uno tiene los maestros que tiene!).” Un colega me ha aportado la palabra que mejor valora lo que el prologuista hace aquí: impertinencia. Impertinencia, en el sentido de “importunidad molesta y enfadosa”, y hasta de “dicho o hecho fuera de propósito”.

Por supuesto, el editor elogia tanto los textos seleccionados como otros de estos mismos autores a los que sin embargo zahiere. Pero su actitud me recuerda a lo que señalaba Miguel Medina Vicario en *Los géneros dramáticos*, cuando decía que muchas puestas en escena fallaban porque no se había acertado estilísticamente con el género. Eso es lo que le ocurre a Antonio Morales y Marín: escribe un prólogo, no una crítica ni unas páginas de su diario personal; y se trata de una edición popular, no de una edición crítica. Sería muy triste que su escrito causase algún malestar en los autores publicados y públicamente maltratados, pero me pongo en su lugar y estoy seguro de que cuando entregaron sus textos no pensaron que los estaban arrojando a una hoguera. ■